

“Yo busco al hombre, aún en el grande hombre, que suele ser tan poco humano; le busco, porque creo que es, siempre, lo esencial”.
Gegorio Marañón, *Tiempo viejo y tiempo nuevo* (1940).

Marañón en el recuerdo (I)

José Carlos Pacheco

Era uno de esos geniales heterodoxos que, como observó Ortega y Gasset, encarnan perfectamente el espíritu de toda una época. Fue popular, pero también incomprendido. Éste fue su sino y el de muchos de aquéllos que engrosaron lo que se dio en llamar la *tercera España*, entendida ésta como aquélla que se sintió divorciada del giro que empezaron a tomar los acontecimientos en el verano de 1936.

Hoy ya, en cualquier caso, resulta casi ocioso hacer una presentación de nuestro personaje. Poco o muy pocos españoles pueden desconocer quién fue Gregorio Marañón. Con otras palabras, todos o casi todos estamos de alguna manera familiarizados con la figura del doctor Marañón. Tal fue, tal es, el reconocimiento alcanzado por el eminente médico español y su amplia obra.

A propósito de Marañón, y con motivo de cumplirse este año el cincuenta aniversario de su muerte, el historiador Juan Pablo Fusi ha llegado a señalar que “Marañón (1887-1960) fue un acontecimiento, algo que le sucedió a la sociedad española del siglo XX”. Y es que, efectivamente, no podría ser de otra manera dada la personalidad y el legado intelectual y humano de este sobresaliente médico, liberal y humanista —“un hombre del Renacimiento”, que diría de él Laín Entralgo—, cuya vocación esencial estuvo inspirada en todo momento por su profunda pasión por España en general —su historia, paisajes y gentes—, y Toledo en particular; ciudad esta última donde, según confesión del propio Marañón en las que probablemente sean sus más conmovedoras páginas (*Elogio y nostalgia de Toledo*, 1941), tendrían lugar los momentos más fructíferos de su intenso quehacer intelectual: “Yo, como El Greco, encontré en estas colinas pobladas de símbolos la raíz de mi alma. Porque yo también, como el gran pintor, emi-

gré a Toledo sin saber por qué, como ese instinto que atrae a los hombres, como a los pájaros, a los lugares donde el destino ordena que nuestra obra se va a cumplir. Y aquí he sentido las mismas inquietudes y el mismo afán creador que le ató a la ciudad petrificada por la nostalgia de oriente”.

De orígenes sociales acomodados, que le permitirían al futuro brillante doctor tener acceso a una privilegiada educación en un ambiente de inconfundible raigambre liberal, Marañón vino al mundo en las postrimerías del siglo XIX; concretamente en la ciudad de Madrid —en donde vivió y trabajó la mayor parte de su vida—, y por los mismos años en que lo hicieron figuras tan señeras como Fernando de los Ríos

(1879), Azaña (1880) o José Ortega y Gasset (1883), entre otros. Marañón pertenece por tanto a la Generación del 14 al menos en el sentido que Marañón dio a la palabra *generación*, esto es, “un conjunto de hombres que han oído a la vez el eco de su destino histórico”. Otros miembros de esta nueva generación, por sólo citar unos cuantos nombres, fueron, además de los ya citados unas líneas más arriba, Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Américo Castro, Araquistáin, Madariaga, Miró, D’Ors, Picasso, Gómez de la Serna, Sánchez Albornoz, Manuel de Falla, Juan Belmonte, etcétera.

Características distintivas de esta joven y pujante generación fue su falta de complejos e inequívoca vo-

cación política. A lo que habría que añadir la excelente formación intelectual de algunos de sus más destacados exponentes: “Una élite privilegiada”, ha apuntado Santos Juliá, “que aprendió alemán, inglés o francés, siguió estudios en el extranjero, gracias a la política de pensiones establecida por el gobierno liberal desde 1901 y extendida años después con la Junta para Ampliación de Estudios, y regresó a España para enseñar, sin haber cumplido los treinta años, ganar la cátedra u ocupar un

“Fue posiblemente gracias al asiduo ejercicio de su profesión de médico que se avivó en él una ya temprana preocupación por las cuestiones sociales, muchas de las cuales eran manifestaciones de situaciones de claro subdesarrollo social”

puesto relevante en la vida profesional”. Situada entre las no menos importantes del 98 y del 27, las tres conforman de forma irreplicable una de las constelaciones humanas —desde el punto de vista político, científico, cultural y artístico—, más extraordinarias y ricamente fecundas que haya nunca conocido este país.

En este sentido no es exagerado hablar, por utilizar el discutido título popularizado por la obra homónima de José Carlos Mainer, de una, cuando menos, auténtica “Edad de Plata” de la cultura española que, cubriendo el primer tercio del siglo XX, terminaría por eclosionar, primero frente a la Dictadura de Primo de Rivera y luego con el establecimiento de la II República para, finalmente, quedar sepultada; enterrada bajo los escombros de la barbarie que asoló España durante la cruenta e incivil guerra de los años treinta del siglo pasado. Precisamente cuando el con-

texto internacional ya se encontraba fuertemente polarizado por el cada vez más feroz enfrentamiento que venían sosteniendo las dos grandes ideologías totalitarias del siglo XX, también llamado “siglo corto” o “era de los extremos” por el historiador británico Eric J. Hobsbawm.

Lejos de quedar al margen, la trayectoria vital de Marañón y tantos otros se vio profundamente marcada por la irrefrenable marcha de unos acontecimientos que, vistos retrospectivamente, además de definir toda una época obligó a sus protagonistas a tomar en no pocas ocasiones difíciles decisiones en circunstancias realmente dramáticas. Están de más, por tanto, las valoraciones morales —a las que no han escapado Marañón, Ortega, Gómez de la Serna, etcétera—, procedentes generalmente de personas que no vivieron aquellos años.

Lo que se quiere destacar aquí en cualquier caso es que Marañón fue, sin duda alguna, un aventajado hijo de su tiempo. No solamente por lo avanzado de las investigaciones que realizó en el campo preferente de su especialización médica —la endocrinología—, y que le llevaron a ingresar en la Real Academia de Medicina con sólo treinta y cinco años, sino también por la capacidad de observación que demostró a la hora de analizar algunos de los problemas sociales y políticos que enfrentaba la España de su tiempo. Fue posiblemente gracias al asiduo ejercicio de su profesión de médico que se avivó en él una ya temprana preocupación por las cuestiones sociales, muchas de las cuales eran manifestaciones de situaciones de claro subdesarrollo social. Este sincero interés quedaría avalado por la *Memoria* que hizo con motivo de su estudio sobre las condiciones de vida en la región extremeña de Las Hurdes, adonde acompañaría al rey Alfonso XIII, en el verano de 1922, para verificar sobre el terreno las consecuencias de marginalidad en que se hallaba sumida esta zona del país. Este viaje marcó un hito fundamental en la vida del doctor Marañón, plasmando su compromiso, como intelectual y como español, con el progreso de su país.

Cartas

Carta a José María Olmedo Perales

Hace un año que nos dejamos. El tiempo me lleva a reflexionar íntimamente sobre la longeva persona que mis ojos vieron apagarse como una vela, lentamente y en silencio, sin queja alguna.

Sus palabras fueron siempre justas y suficientes. En lo bueno y en lo malo. Incluso en los ásperos momentos que tuvo que vivir durante

su juventud: la pérdida de sus padres, la guerra civil, la “mili” en Tánger, o la desagradable actitud que, por ignorancia e intolerancia, una parte de su pequeño mundo le dedicó. Menos mal que el tiempo le puso en su sitio, y él obtuvo su recompensa.

Al alcanzar la vejez, se enfrentó a la otra cara de su saludable, cómoda y duradera ancianidad, la pérdida de seres queridos. Personas demasiado importantes cuyos

nombres no apporto —permítanme la intimidad, por favor—, pues para su familia y amigos no es necesaria su mención. Y siempre dijo lo justo, lo que pensaba, pero la verdad.

Sólo le bastaban unas pocas palabras para mostrar su bello interior. Apenas era necesaria una mirada para saber que sus ojos transmitían una desconocida humanidad.

Tal vez su vida no serviría

para un guión de cine, ni sus logros han conseguido cambiar algo de este mundo en que vivimos, pero todos deberíamos aprender de él. Toda su familia lo ha hecho, pues su grandeza residía en su bondadoso corazón. Siempre alegre. Siempre amable.

Lloramos de impotencia porque la vela se acababa y no podías escucharnos cuando te decíamos: -Adiós, tío José María, siempre estarás

dentro de nosotros y siempre te querremos-. Pero nos queda el consuelo de saber que sentías verdaderamente el aprecio y el calor de tu familia.

Sirva esta carta como recuerdo de este hombre tomellosero de eterna sonrisa, cuya ausencia es un vacío imposible de llenar.

Siempre en nuestra memoria.

Ricardo Ortega Olmedo